

## LOS QUE VOTAN EN BLANCO

Está muy extendida la opinión de que la única forma de hermanar el decoro personal con el deseo de participar en la política, cuando ningún partido promueve la veracidad, libertad y justicia exigidas por la dignidad de la convivencia ciudadana, es el voto en blanco. Esta creencia rechaza la abstención. No, precisamente, porque deje el campo libre al voto de los malvados, los cínicos o los ignorantes, que es el motivo platónico de la participación, sino para no caer en una aparente forma de pasividad que, además de inútil, elude el cumplimiento de un deber cívico. El argumento de Platón es la trampa intelectual que las pasiones de la vanidad o la ambición tienden al oportunismo de las buenas conciencias. Respecto al deber de votar me basta con insistir en lo que no me cansaré nunca de repetir: «No puede ser deber moral lo que es un derecho potestativo; ni puede ser cívico o civil lo que pertenece exclusivamente a la esfera del orden político».

Los sectores del cuerpo electoral que están en desacuerdo con este Régimen, o con su Administración, deberían saber deslindar las fronteras de la coherencia cuando tienen la ocasión de usar derechos igualmente válidos, pero de muy distinto significado para la legitimidad del Sistema, como el de votar en blanco y el de abstenerse. Entre ellos hay la distancia espiritual que separa al agnosticismo del ateísmo. Perplejo ante la duda, el agnóstico admite la posibilidad de la existencia de Dios. El ateo la niega porque es ilegítimo pedir que se pruebe la no existencia de Dios. Votan en blanco los agnósticos en política que no saben deducir las maldades partidistas de la naturaleza oligárquica del Régimen que da forma y vida a todos los partidos. Y votarían a uno nuevo que diera fe a sus esperanzas, del mismo modo que el agnóstico en religión se haría creyente si, de repente, se rajara el cielo y apareciera sobre todas las aldeas y estrellas del Universo una figura tonante diciendo ¡SOY DIOS! No quiere saber, por temor a las secuelas morales de la inteligencia natural, que eso es tan imposible como esperar peras del olmo o frutos democráticos de una Oligarquía constitucional.

En cuanto a la utilidad del voto en blanco, en contraste con la pretendida inutilidad de la abstención, una simple observación y un sencillo cálculo bastan para destruir el argumento. La bicha de todos los partidos es la abstención. Lo único que a su juicio haría peligrar a su Régimen. Nada les preocupa, en cambio, la dimensión del blanqueo de votos. El Sistema costea una carísima propaganda para que la gente acuda a las urnas, llegando hasta el extremo de presentar el asunto, con cínica falsedad, como si fuera una obligación civil, o un cargo de conciencia para el ciudadano. Pero no gasta ni una sola palabra de condena del voto en blanco. La razón es sencilla. Es imposible que los votos en blanco lleguen a superar un techo



significativo. Pues mucho antes de que se acercaran al diez por ciento nacería un nuevo partido que los recogiera. Cosa que no puede suceder, por principio, con la abstención. Si ésta alcanzara, en el Estado de partidos de los países europeos, las proporciones que adquiere en las elecciones federales de EEUU el Régimen se derrumbaría en el acto. El voto en blanco presupone la conformidad con el sistema electoral y la Constitución de la Monarquía de partidos. Y al expresar su total desacuerdo con todas las listas en liza, está soñando con un partido que, además de ser leal al Régimen, sea verídico, libre, competente y justo. Un imposible. Al recusar a los partidos del orden político creado por la Constitución sin recusar a ésta, el sentido del voto en blanco se identifica, en su incoherencia, con el de aquella extravagante parábola donde Jesús condena a la fiel higuera porque, en lugar de dar su fruto cuando no era tiempo de higos, obedeció al orden natural decretado por la Constitución Universal de Su Padre.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

## LA SORPRESA

El día después del atentado que costó la vida a Fernando Buesa, un amigo de Juan Bravo, de Izquierda Unida, fracción Partido Comunista de toda la vida, debatiendo sobre la repercusión electoral del asesinato, le dijo: «Te vas a llevar una sorpresa». Inequívocamente se refería a algo relacionado con el pacto PSOE-IU.

Ayer, el candidato de IU, Francisco Frutos, adelantó que la próxima semana iba a haber «una sorpresa» en lo que atañía a la estrategia conjunta de los aliados.

¿Se trataba de la misma sorpresa? Mientras este columnista investiga, al menos se le abre la caja de Pandora de las especulaciones. ¿Será una sorpresa convencional, co-

montaba solamente veinte años de edad cuando su vida se extinguió en un duelo, en 1832. Podría pensarse en una de tantas existencias sometidas a un cruel destino romántico. Pero ésta es muy singular, porque la noche antes de morir el protagonista de esta tragedia redactó dos escritos que se han convertido en un importante legado histórico. Uno de ellos llevó por título «A los republicanos de todo el mundo»; el otro es una memoria matemática, cuyo desarrollo de la teoría de los grupos aplicado a las ecuaciones ha contribuido a sentar las bases del álgebra moderna. Como el lector mínimamente versado en la historia de las Matemáticas se habrá percatado, me estoy refiriendo a Evariste Galois. El «enfant terrible», también calificado como «enfant sublime» de la historia de las matemáticas francesas en el siglo XIX. Personalidad rebelde y genial, fue expulsado de L'École Polytechnique y de L'École Normale sobre cuyo funcionamiento emergía su genio. Si he traído a la memoria, en este año declarado de las matemáticas, su figura es porque expresa en



términos, que pueden parecer de fantasía novelesca, la forma en que la mentalidad del matemático el compromiso político y la especulación creadora pueden unirse en una síntesis impulsada por la exigencia y el rigor más radicales. Y, así, la revolución social y la del pensamiento más puro se unen con ardor apasionado. Situación bien contraria a la difundida imagen de la matemática como algo alejado de las inquietudes humanas.

Indudablemente no todos los cultivadores de la matemática responden a este modelo revolucionario. También entre los creadores del álgebra moderna, y justamente en Francia y en esta misma época, se encuentra Cauchy, monárquico legitimista y conservador. Mas desde estas convicciones nos ofrece un ejemplo de compromiso con ellas y de fidelidad que le llevó al exilio.

Las dos figuras que acabo de comentar podrían completarse con otras muchas, algunas bien próximas, situadas en nuestro tiempo y en nuestro país. Buen número de matemáticos han ofrecido un alto ejemplo de coherencia y tenacidad en sus posturas políticas. No en balde la coherencia, o más técnicamente consistencia, contribuye la primera exigencia de un sistema axiomático y, según el metodólogo Feysabend, «el principio de tenacidad» es uno de los que deben guiar la investigación científica. No estaría de más que nuestros políticos encarnaran estas actitudes, en lugar de practicar el transfuguismo, en largos viajes de un extremo al otro, o mostrar singular facilidad para arrojar por la borda, ante el menor empuje, sus convicciones.

Tanto Galois como Cauchy coinciden en la firme asunción de sus ideas políticas, pero se oponen en el contenido de éstas. Por mi parte pienso que el espíritu matemático es más connatural con las ideologías revolucionarias que con las conservadoras. Por su capacidad imaginativa de abrir nuevos horizontes y por su exigencia, que no puede resignarse a la mediocridad del mundo dado. Podríamos nuevamente entrar en un análisis de casos ejemplares, pero recordemos, simplemente, como Platón, el gran entusiasta de la geometría levantó la imagen de la ciudad que soñaba más perfecta.

Y, en este sentido, nada más opuesto a la matemática libertad creativa que la dictadura del «pensamiento único» establecida por imperial decreto. Mientras el pensamiento matemático de nuestros días se caracteriza por su pluralismo y en tal modo sigue los derroteros del otro gran principio de Feysabend, el de «proliferación», se quiere encerrar a la humanidad en una cárcel sin más horizontes que sus rejas. Convendría que no sólo para entrar en la Academia platónica se exigiera saber geometría, tampoco vendría mal a los políticos que tan torpemente dirigen el mundo.

Carlos PARÍS

